

De lo íntimo a lo social

Analía Rodríguez Borrego

Hoy todavía los poderes políticos fuertes prefieren difundir videos, o fichas, o textos seleccionados, que se entregan en las escuelas con su interpretación y comentarios, limitando al máximo todo posible juego, y dejando al lector sin la menor libertad posible.

Michel Petit, *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*, 2008, p.58.

Miguel Ángel tiene 12 años. Llega todos los martes a las 8 de la mañana a la escuela, a mi clase, a las 8:15. La hora de ingreso es a las 7:30.

Se sienta siempre en el primer asiento, su mirada tiene la calidez de las niñeces y la tristeza instalada como bandera. Vive en el barrio popular que llaman El Mercadito, en la ciudad de La Plata. Asiste a la escuela pública. La mochila que carga en sus espaldas está vacía, al menos de útiles escolares. No hay nada en ella que le sirva para escribir, leer o dibujar. No hay nada que necesite para las cuatro horas que estará en la escuela, sentado en un banco, en el primer banco, observando el pizarrón y escuchando con una atención meditativa las palabras de lxs profesorxs.

Traemos libros de la biblioteca para leer en clase. Los tocamos, los abrimos, los hojeamos, miramos sus ilustraciones. Elige cada unx el que quiere. Leen quienes así lo expresan: siempre se postulan lxs que saben que leen de corrido, “bien”, como dicen ellxs. El resto mira el texto, con la vista hacia abajo, vaya a saber en qué pensamientos. Miguel nunca lee, aunque sí toma los libros entre sus manos con cierta curiosidad inocente. Mueve sus hojas al compás de un ritmo desconocido, observa muy detenidamente las imágenes como si estuviera analizando cada detalle. Mira la contratapa, la reseña, el índice, sonrío por momentos en el transcurrir de ese acto, de ese encuentro con el libro que tiene entre sus manos.

Me gusta observar su simpleza en el actuar, sus movimientos serenos, su sonrisa leve. Sus compañerxs lo respetan, lo quieren, le ofrecen en los recreos galletitas o jugo, se reúne en grupo y tiene amigxs. Lo observo también en los recreos y siempre queda en el medio del círculo de compañerxs, como si todxs quisieran oír lo que cuenta y que yo no alcanzo a escuchar. Recuerdo entonces mis 12 años, recién llegada de Santa Rosa, La Pampa, a Necochea, de una escuela privada, de monjas y sólo de mujeres, a una escuela pública, nacional y mixta. Y me pregunto por qué olvidamos tan pronto las emociones que nos recorrían en ese momento de la vida, donde todo era terrible por momentos, y maravilloso en diferencia de minutos. Y como si los recuerdos llegaran uno detrás del otro, las escenas de mi adolescencia comienzan a transcurrir, mientras observo a mis alumnxs de primer año de secundaria en el recreo, reír y abrazarse. Y también es en ese momento, en el que viene a mí memoria el deseo indestructible con el que iba a la escuela, sólo para encontrarme con mis

amigxs, contarles mis luchas y mis desvelos, mis desamores y amores nuevos, sobre mi madre y sus desequilibrios mentales y sobre la abuela que me crio en los años difíciles. En ese acto siento que me acerco más a ellxs, a lxs estudiantxs que en unos minutos entrarán al aula nuevamente a abrir un libro, a leer historias que no les interesan y que la escuela se empeña en mostrarles.

Martes de 3 de septiembre

Miguel Ángel llega a las 9 y entra al aula. Le pregunto por qué llegó tan tarde, si está bien. Me responde que vienen de trabajar con un término que no reconozco. De “afanar”, profe, traducen sus compañerxs entre risas. Miguel tiene los ojos rojos, se duerme sobre el banco. Hoy no tiene ni la mochila. Queda tendido, con la respiración profunda de quien recién concilia el sueño nocturno. Lo despertamos para el recreo, pero quiere seguir durmiendo.

Martes 24 de septiembre

Hace tres semanas que Miguel no viene a clase.

Martes 31 de septiembre

Miguel entra a clase a las 7:30. Pasa al aula. Hoy propongo buscar leyendas urbanas en sus dispositivos celulares, porque intuyo que creen que solo es posible su uso para jugar a juegos de guerra. Buscan en Google y a medida que van encontrando historias del género, se van animando a leer. Observo que en estas lecturas ninguno siente vergüenza de leer en voz alta, todxs quieren leer las historias que encontraron, como si su propia búsqueda fuera lo más importante en este momento, como si dar a conocer su investigación personal tuviera un peso tan significativo, que leer lento y trabado fuera ahora un obstáculo menor. Aliento sus lecturas en voz alta. Salir del espacio íntimo al espacio público es de gran importancia en sus procesos de resignificación y sentido de vida. Leer en voz alta lxs interpela a escucharse, a debatir, a mostrar lo que sienten y perciben del texto que tienen enfrente.

Miguel pide leer -jamás lo hizo en clase-. Nos sorprende a todxs por la fluidez de su lectura en voz alta. Se lo nota apasionado en la historia de fantasmas, agrega tonalidad y ritmo al relato. Finaliza y todxs se quedan en silencio. De esos silencios que no suelen escucharse en la escuela. Nos tomamos unos minutos y Miguel dice que quiere escribir su propia historia de

fantasmas, la que vive en su casa. Escriben todxs con la misma propuesta: historias paranormales de la vida real.

Miguel Ángel escribe parte de su biografía que nos lee más tarde, con una perfecta escritura para mi sorpresa, que en su casa transitan almas en pena que por las noches aparecen y tiran sillas por los aires, gimen y gritan. Cuenta también que él se despierta con ese caos en medio de la madrugada y corre a proteger a su hermanito que también grita y llora ante la escena paranormal. Narra que su madre no aparece en esos momentos y que sólo es él el encargado de cerrar la puerta y cuidar de su hermano menor hasta que todo pase. *Todo lo que digo es verdad* asegura levantando la mirada hacia sus compañerxs que no salen de su asombro.

La posibilidad de leer y escribir en la escuela es un acto que entrecruza episodios personales con la vida social. Miguel y muchxs adolescentes establecen dentro de la escuela un vínculo con lxs otrxs que los convierte en parte del entramado social. Las historias de los libros los conectan con lo público, con el afuera, con esa red que se establece en sus barrios, en sus casas, entre sus pares. En la lectura de los relatos de los libros, se resignifican las historias de vida, se encuentra el sentido de las escenas en crisis que estaban silenciadas y que ahora, tiene el espacio para salir a la luz.

Nunca sabremos qué resignificó Miguel Ángel en su historia de fantasmas, lo que sí podemos saber, es que logró ponerle palabras al horror.

Martes 6 de octubre

Miguel hoy también llegó 7:30.

Reparto los libros que traje de casa, viejos -de mi adolescencia-, con las hojas amarillas. Hago una montaña con ellos en el centro del aula y toman el que quieren, luego de tocarlos, mirarlos y analizar todo lo que pibxs de 12 años pueden analizar de un objeto a esa edad. Entre ellos están *Sisí y el fugitivo*, *Bajo las lilas*, *Alicia tras el espejo*, *Mujercitas* y *Annie*. Hay uno para cada unx. Entusiasma que los haya traído de mi casa. Algunxs los huelen y me dicen que tienen olor a mí. El olor de los libros viejos es particular, indescriptible y totalmente subjetivo: cada persona huele lo que su memoria arma en algún lugar de la mente.

Mientras los sacaba de mi biblioteca, sentí que se movía parte de mi pasado con ellos. Recordé cada historia dentro de los libros, cada escena, cada llanto, cada momento de soledad en mi habitación, devorando los libros que llegaban a mí, a través de papá o mamá. De grande me enteré de que mi abuela había trabajado muchos años en una biblioteca -al enviudar y quedar con sus dos hijos pequeños-, y allí también tuve la fantasía de que podría haber sido ella quien los compraba. Nunca lo pregunté, tenía un hambre voraz por consumirlos y nada era más importante que eso. La curiosidad llegó cuando ella ya no estaba para responderme.

Miguel recorrió todos los libros: los de tapa dura, los de tapa blanda, los más viejos y hasta los comprados la semana pasada. Lo observé con detenimiento científico. Se decidió por

Annie, de Thomas Meehan. Se lo llevó a su asiento, siguió mirándolo y hojeando su interior. Creo que leyó las primeras páginas mientras sus compañerxs continuaban en el alboroto de la elección. Todxs estaban exaltadxs ante la montaña de historias que se levantaba delante.

Miguel abrazó el libro de *Annie*, la historia de una niña que va a parar a un orfanato en la crisis del 30, en EEUU, luego de que su padre muere. Allí vive situaciones perturbadoras y también se hace de una amiga que la acompañará a lo largo de su historia dentro del auspicio. Una niña viviendo la soledad íntima y la desesperación de una sociedad en crisis. Recordé una escena que me impactó en su momento, en la que se describe a un ex presidente de los EEUU vendiendo manzanas en una esquina, en medio de la gran depresión norteamericana. A mis doce años, vi en aquel personaje, la posibilidad de derrumbe del poder más grande y me angustió -tal vez lo que estaba viendo era a mi padre como máxima expresión de seguridad dentro del seno familiar-.

Durante las horas que siguieron, todxs lxs estudiantxs pudieron leer un fragmento del libro que habían elegido. Lo marcaban y, la próxima clase, lo volverían a tener para continuar sus lecturas. Lxs noté entusiasmadxs como nunca ante un libro. Sin embargo, Miguel al terminar la clase y antes de salir al recreo, me pidió llevárselo a su casa porque quería leerlo. Mientras me lo pedía, lo apretaba en sus manos. *Claro, Miguel, el martes que viene lo traes y nos contás un poco de esa historia*, le dije.

Miguel Ángel no regresó a la escuela el martes siguiente, ni los años que siguieron. A veces siento el deseo irrefrenable de saberlo un ladrón de libros, y que su única arma sean mil Annies en sus manos.

Referencias

Petit, Michele (2008). *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. Fondo de cultura económica. Espacios para la lectura. México.

Petit, Michele (2008). *Una infancia en el país de los libros*. ED. Océano. México.